

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42, 1-4.6-7): *He puesto mi espíritu sobre él.*

Salmo (28, 1b-2.3ac-4.3b.9c-10): *«El Señor bendice a su pueblo con la paz»*

2ª lectura (Hechos 10, 34-38): *Dios no hace acepción de personas.*

Evangelio (Mateo 3, 13-17): *Este es mi Hijo amado.*

Hay muchas cosas que permanecen cerradas y que en ocasiones tenemos que abrir o pedir que nos abran: Abrimos los brazos, los ojos, y a veces nos piden abrir bien los oídos... Abrimos un sobre, un cajón del escritorio, un bote, una lata, una botella de refresco. Abrimos una ventana (a veces completamente y a veces solo una rendija). Abrimos muchas puertas y en algunas ocasiones hay puertas que se nos abren.

Pues hoy se nos dice que, a Jesús, no le abrieron una ventana o una puerta, se nos dice que, **¡se le abrieron los cielos!** (Los cielos para la imaginación judía de la época, era la “*morada de Dios*”). Al salir del agua, después de bautizado se da un momento de experiencia íntima de unión con Dios, de comunicación con Dios, de manifestación divina. Desciende sobre él el Espíritu en forma de paloma y, se oye una voz que dice: *«Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias»*.

Es una frase breve, pero solemne. No hay ninguna duda de que es la voz de Dios Padre que presenta a la humanidad entera a su único hijo. Es su único hijo, a quien Dios ama y en quien Dios se complace, no puede haber definición más completa y luminosa de Jesús. En esta nueva “*epifanía*” se nos dice que Jesús participa en la vida divina a través del don del Espíritu que desciende sobre él.

Resuenan ahora los ecos de la profecía de Isaías que escuchamos en la primera lectura: *«Mirad mi siervo, a quien sostengo, en quien tengo mis complacencias, En él he puesto mi espíritu para que haga brillar la justicia sobre las naciones»*. Son muchas las semejanzas entre los dos textos como para ignorarlas. Allí se describe un programa de vida, un programa que Jesús irá haciendo realidad con sus palabras y con sus acciones. No es solo la voz deleitosa que le anuncia que es el Hijo amado, sino que es también la voz retadora que le invita a poner todo de su parte para promover la justicia y establecer el derecho sobre la tierra.

San Pedro, en su catequesis a Cornelio y a los de su casa, lo pone en palabras sencillas: *«Ustedes saben lo sucedido en toda Judea, que tuvo principio en Galilea, después del bautismo predicado por Juan: cómo Dios ungió con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret y cómo este pasó haciendo el bien»*. La vida de muy pocas personas se podría resumir de igual manera: “*Pasó haciendo el bien*”.

¿Es que acaso Jesús no tenía ya el Espíritu Santo? ¡Claro que sí! Desde los primeros instantes de su encarnación poseía y comunicaba ese Espíritu, como aparece en los relatos de la concepción y el nacimiento de Jesús. Pero ahora este hombre joven, el carpintero de Nazaret, tiene una profunda manifestación de este hecho; podríamos decir que, a punto de iniciar su misión, toma conciencia de lo que hará en adelante lo hará como portador del Espíritu: ahora lo sabe él, y poco a poco lo irán descubriendo los demás y lo llegaremos a saber nosotros también. Ahora todos debemos tener nuestros ojos y nuestro corazón fijos en este Hijo tan amado que Dios nos ha entregado.

Es evidente que lo que Jesús recibe no es el sacramento del bautismo, que sería utilizado por la Iglesia, después de la resurrección de su Señor, para significar la inmersión en el misterio de la Pascua de Jesús, misterio de muerte y vida nueva. El bautismo cristiano es el símbolo eclesial a través del cual somos sumergidos en ese misterio de Dios: queda atrás nuestra existencia como meros hijos de Adán, para resucitar al mundo de la relación con Dios. Ahí se nos anuncia y se nos constituye como hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y partícipes del Espíritu Santo.

Pero Jesús no recibió ese bautismo cristiano, sino el rito de purificación que utilizaba Juan el Bautista con el fin de preparar al pueblo judío a través de la conversión para un encuentro decisivo con Dios, en el día de YHWH, es decir, en la inauguración de ese Reino de santidad y gracia, de verdad y de vida, de justicia, de amor y de paz.

Se trata de un “*rito de conversión*” al que Jesús no habría tenido que acudir por no tener conciencia de pecados personales, pero al que asiste por solidaridad con un pueblo que busca encontrarse más plenamente con Dios. Mateo, nos habla de la reticencia de Juan para bautizar a Jesús, lo cual es más una interpretación cristiana que un hecho real. El caso es que Jesús se hace bautizar por Juan.

Con esta fiesta del bautismo del Señor cerramos el ciclo de la Navidad, la reflexión sobre los orígenes y primeros años de Jesús. Todos nosotros, sumergidos en el misterio de la vida divina desde nuestro bautismo, al salir del agua fuimos constituidos también como hijos amados de Dios y fuimos ungidos con el Espíritu Santo que descendió sobre nosotros en esos ritos de iniciación: ese Espíritu nos sigue acompañando e impulsando durante toda la vida para que seamos, con Jesús, personas que pasen por el mundo haciendo el bien, promoviendo la justicia y estableciendo el derecho en toda la tierra.